

BIBLIOGRAFIA

precisa de las condiciones de bondad de una consecuencia —existencia— (o de verdad de una proposición condicional), sino que es ésta una tarea imposible, y ésto, por la sencilla razón de que no existe una causa única de bondad de las consecuencias, ni un «*proprium*» de las mismas que sirva a su reconocimiento, sino sólo a lo sumo un «*accidente necesario*», que no es exclusivo suyo y tiene sólo valor como criterio negativo (que no es, o no puede ser, el antecedente verdadero y el consecuente falso); la bondad de la consecuencia sólo puede ser determinada «*doctrina*» a «*doctrina*», lugar a lugar; de ahí, también, que la lógica proposicional haya de depender de todas esas doctrinas que constituyen la lógica de predicados y fundan relaciones de buena consecuencia (criterio de verdad de las proposiciones condicionales «*ilativas*»); de ahí, asimismo, que, en cuanto que tal conjunto de lugares no parece ser determinable en forma exhaustiva y finita, no quepa tampoco establecer un conjunto finito fijo de reglas de inferencia; por la naturaleza misma de la intelección, es siempre posible la apertura a un nuevo criterio de consecuencia, que exigirá la introducción de alguna nueva regla de inferencia. La incompletitud radica en la naturaleza misma de la Lógica.

ANGEL D'ORS

FERNÁNDEZ DE LA MORA, G., *Filósofos españoles del s. XX*, Planeta, Barcelona 1987, 216 pp.

Gonzalo Fernández de la Mora, conocido humanista y experto en

historia, cultura y política españolas nos ofrece en este volumen un acercamiento a las cinco grandes figuras de la filosofía española del s. XX: Angel Amor Ruibal, Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Xabier Zubiri. En el Apéndice final recoge además una breve introducción biográfica y examen de las obras más destacadas del filósofo, aún en vida, que Fernández de la Mora considera «llamado a convertirse en otro de los grandes de esta centuria» (p. 12): Antonio Millán-Puelles.

El propio autor señala los motivos que le han llevado a escribir esta obra. El primero es una obligación de gratitud hacia los pensadores que por razones de cotidianidad, contemporaneidad y vecindad espiritual han sido sus maestros espirituales. El segundo, una neutral y recta conciencia nacional: colaborar a que sean conocidos y comprendidos por sus compatriotas estas figuras cumbres de la filosofía del s. XX, intentando neutralizar así el vicio nacional del «desdén por lo vernáculo unido al beato mimetismo de lo exótico» (p. 13).

El libro es introducción a la vida y pensamiento de cada autor, análisis de sus obras, y síntesis de la estructura e ideas fundamentales de su filosofía. Concluye cada capítulo con la opinión que le merece a Fernández de la Mora el sistema filosófico examinado.

Al inicio del libro se ofrece la jerarquización de las cinco grandes figuras según el grado de sistematización de su pensamiento y densidad metafísica: Amor Ruibal y Zubiri ocuparían la cumbre de esta escala; en el nivel siguiente habría que colocar a dos mentes paralelas

BIBLIOGRAFIA

a pesar de sus disimilitudes, Ortega y D'Ors; en el último lugar se situaría García Morente.

El autor ofrece además una segunda jerarquización, de acuerdo con sus preferencias y afinidades personales.

Zubiri sería el primero de todos. De él llega a afirmar que es «el máximo pensador hispánico contemporáneo y una de las más altas expresiones modernas de la filosofía» (p. 135), «cuya metafísica cumple con el fin primordial de cualquier filosofía: los fundamentos de todas las disciplinas, lo mismo las de la naturaleza que las llamadas del espíritu» (p. 152). El sustantivismo de Zubiri, a quien dedica 50 de las 200 páginas del volumen, y del que no escribe ni una sola línea crítica, es evidentemente la postura más afín al autor del libro. Analiza pormenorizadamente las obras del donostiarra «Sobre la esencia» y «La Inteligencia sentiente, Inteligencia y Logos, e Inteligencia y Razón», y llega a afirmar —quizá de un modo desmesurado— que «como reasunción, actualización y perfeccionamiento del acervo filosófico tradicional, el esfuerzo de Zubiri es análogo al de Tomás de Aquino y al de Francisco Suárez. Como intento de aportar la palanca conceptual primaria de todos los saberes en un momento de fértil y decisiva inflexión científica, la empresa recuerda a la de Aristóteles y tiene muchos puntos de contacto con las de Bacon, Leibniz o Comte» (pp. 154-155).

El segundo lugar en su escala de apreciaciones lo ocupa el gallego Amor Ruibal. Tras exponer la teoría correlacionista como una interpretación de la realidad cósmica en

su aspecto lógico, y calificar esta filosofía de dialéctica, no escolástica, no hilemórfica, y estructuralista, acaba apuntando —quizá también con cierta dosis de desproporción— que «Amor Ruibal ha puesto la primera piedra de una filosofía capaz de fundamentar la ciencia de nuestro tiempo» (p. 54) y que el correlacionismo es, «como la fenomenología, una de las filosofías potencialmente más fecundas que han brotado en la transición del s. XIX al XX» (p. 54).

Tras Zubiri y Amor Ruibal se sitúa el raciovitalismo de Ortega y Gasset. Después de la exposición del pensamiento orteguiano, Fernández de la Mora critica la noción de «razón vital», clave de toda esta filosofía, y con la que Ortega pretendía superar tanto el racionalismo como el vitalismo de la época. Reconoce el autor que, aunque el raciovitalismo no tiene consistencia filosófica, la persona, y la actitud ante la vida de Ortega han ejercido una influencia notable en la vida cultural española.

El ironismo de Eugenio D'Ors ocupa el lugar siguiente. La crítica fundamental del autor se dirige contra la refutación del principio de contradicción en el plano ontológico que hace D'Ors, y su sustitución por los principios de figuración y participación.

Cierra la escala de pensadores Manuel García Morente. Se analiza su idea de hispanidad, relacionándola con el pensamiento de Ramiro de Maeztu, y se descalifica la idea de «caballero cristiano» como prototipo del hispano, por considerar este ideal representativo sólo de la clase superior durante una época determinada de la historia de España.

BIBLIOGRAFIA

Aparte de la síntesis del pensamiento de los diversos autores que se nos ofrece en esta obra, quizá el punto más original del trabajo sea la presentación de los cinco autores como «soledades», con algunas características en común: se hacen a sí mismos desde los cimientos y no se apoyan en una rectilínea tradición académica; aceptan, de modo tácito o expreso, una esencial dependencia de la filosofía respecto de las ciencias experimentales; se empeñan por definir la naturaleza de las cosas y descifrar lo real, en vez de encerrarse en los límites de la propia subjetividad; y se da una casi total ausencia de referencias a cuestiones éticas.

Es, en suma, una obra introductoria o de divulgación que cumple bien las dos finalidades que el autor se proponía cuando la entregó a la imprenta.

MARÍA GARCÍA AMILBURU

GONZÁLEZ, W. J., *La teoría de la referencia. Strawson y la filosofía analítica*. Ediciones Universidad de Salamanca. Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia 1986, 324 pp.

¿Se puede elaborar una nueva *Metafísica descriptiva* a partir del análisis lingüístico de la acción comunicativa, entendida como una forma privilegiada de establecer una relación específicamente humana entre el pensamiento y el mundo? Para dar una respuesta *descriptivista* a esta pregunta *reflexivo-transcendental*, Wenceslao González acude a las interpretaciones más re-

cientes de Strawson, así como a las frecuentes polémicas que mantuvo este filósofo inglés, actualmente profesor de Oxford, con numerosos autores coetáneos suyos. De este modo se muestra cómo Strawson fue el primer filósofo analítico que inició una crítica frontal de los presupuestos teóricos y prácticos, que están sobreentendidos en el neopositivismo lógico de B. Russell, del primer Wittgenstein, y de W. V. Quine, y como en su lugar propuso una nueva *teoría de la referencia*, en la que se reflexionó sobre las condiciones de posibilidad, que permiten la inicial individuación y la posterior identificación de un conjunto de sujetos particulares, que configuran el mundo físico. Pues sólo así se pudo comprobar cómo el análisis filosófico, además de una función terapéutica o revisionista, también tiene una función autovalorativa o fundamentadora, que tiene por objeto la descripción de estos mismos presupuestos críticos.

En efecto, el análisis filosófico debe seguir fomentando una interpretación *empirista revisionista* del método transcendental kantiano, en la forma neopragmatista como va habiendo sido iniciada por los criterios extensionalistas de verificación experimental propuestos por B. Russell y W. V. Quine, cuando llevaron a cabo un análisis aún no totalmente *falsacionista* de las condiciones de posibilidad del progreso humano. Pero simultáneamente esto se puede llevar a cabo si se acepta un segundo uso aún más estricto del método trascendental por el que se comparte un principio semiótico de *transignificación intersubjetiva* que, en su opinión, sólo se puede legitimar si se admite una